

reno, y el más despejado día. Así ni más ni ménos disipó el razonamiento de Fray Blas las nieblas que habían oscurecido el entendimiento de Fray Gerundio y quedó tan despejado y claro, como el día más apacible del mes de Enero y Febrero. Dió mil abrazos á su amigo, por lo que le había consolado, iluminado y alentado, y renovó en sus manos el pleno homenaje, que había hecho en otra ocasion, de que no predicaria de otra manera en todos los dias de su vida, aunque el mismo gallo de la pasion le predicara lo contrario. Con esto dieron la vuelta al lugar, donde sucedió lo que dirá el capítulo primero del libro siguiente: pero ántes de escribirle, suplico al lector que tenga un poco de paciencia, que voy á tomar un polvo.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

ENCÁRGANLE UN SERMON DE HONRAS, Y NO LE ESCUPE,
CON TODO LO DEMÁS QUE IREMOS DIGIENDO.

PERO mira, le dijo Fray Blas en el camino, si tu tío te volviere á tocar la especie, tú has de hacer la gatatumba y la gancha-panza; quiero decir, que te has de mostrar convencido de sus razones, rendido á sus consejos, dócil á sus instrucciones, oyéndole en lo exterior con mucha docilidad, respeto y reverencia; pero allá dentro de tu corazon has de estar bien resuelto á reirte, y hacer burla de cuanto dijere. La razon de este admirable y no ménos importantísimo consejo salta á los ojos; porque estas gentes de la Iglesia constituidas en alguna dignidad, y más cuando están asomadas á una mitra, suelen ser delicadas, gustan de que todo se les oiga como á oráculos, y llevan muy mal que se les replique. Cuando á esto se añade la razon de parentesco, y más siendo tan inmediato y tan superior como el de tío, los dá

un peso de autoridad sobre toda la familia, que no parecen sino unos consejeros, y hasta los hermanos mayores, que no han ido por la Iglesia, les oyen con una veneracion que causa espanto. Es verdad que no es siempre oro todo lo que reluce, pues tal vez hacen burla de ellos interiormente; pero les tiene cuenta el paliarlo en el fuero externo, así para disfrutarlo en vida, como para heredarlos en muerte; y á ninguno importa más que á tí el tener grato á tu tío, porque ninguno le necesita más que tú, ya por los socorrillos que te suele enviar, ya por lo mucho que su autoridad y la de sus amigos puede servir dentro y fuera de la religion para tus adelantamientos. Por tanto, sigue mi consejo capital, y traza de hacer tu papel; calla, disimula, humíllate, muéstrate convencido, dá palabra de emendarte, consúltale en todo lo que se ofrezca; pero tú haz aquello que se te antoje.

Aunque la leccioncilla del padre predicador mayor no era de aquellas que más se conforman con el Evangelio, ni aún con el catecismo, le cayó muy en gracia al delicadísimo Fray Gerundio, y la tomó tan de memoria, que jamás se la olvidó. Llegaron á casa, donde encontraron ya refrescando á toda la patrulla. Era el refresco limonada de vino y bizcochos, que es lo regular en todas las fiestas recias de Campazas, y se habian agregado á los huéspedes de casa muchos del contorno que habian concurrido á la funcion, y tambien no pocos labradores de los más pestorejados, todos con el motivo de dar la enhorabuena á Fray Gerundio, á sus padres y á toda su parentela.

Fueran graciosas las expresiones con que se expli-

caron algunos, especialmente de aquellos que se preciaban tener voto en cosas de sermones. Uno, que habia servido todas las mayordomías de su lugar, y estaba persuadido que ninguno le echaba la pierna delante, en la eleccion de los mejores oradores, dijo con voz ponderativa: El padre Fray Gerundio ha predicado un sermón, que mientras Campazas sea Campazas, no habrá quien le desquite. Otro que habia sido muchos años procurador de la tierra, y era hombre de cabeza abultada y muy maciza, pareciéndole que el otro habia andado corto, dijo: ¿qué andas ahora en Campazas? En Leon he visto yo los mejores pájaros de España, pero otro Fray Gerundio... y no digo más, porque toda comparanza es *urdiosa*. Al hermano Bartolo se le hacian ya limonada las palabras, y no pudiéndolas contener, prorumpió en el despropósito, de que en todos los días de su vida habia oido ni habia de oír sermón más metafísico, palabra cuyo significado no entendia; pero siempre le habia parecido que significaba alguna cosa grande é inaudita. Allá se fué el elogio del sacristan de Venafertes, que se halló en la funcion, no se sabe por qué casualidad, y era tenido entre los que le conocian, por hombre de los más cultos, de que á la sazón gorgoteaban el *parce mihi*. Este pidió silencio, teniendo en la mano un vaso de limonada, que rebosaba por el borde, y estando todos callando y suspensos, dijo con voz gutural, recalcada y circunspecta: Señores, vamos haciendo justicia, que el sermón desde el principio hasta la postre, desde la cruz á la fecha, y desde el tema hasta el *quàm mihi*, fué una pura construccion de filosofía. Quedaron todos mirándose los unos á los

otros, y aunque ninguno entendió lo que el sacristan quiso decir, fué general la opinion de que tampoco se podia decir más.

A todo habia estado muy callado, pero atento, un buen clérigo de estos que llaman de *Misa y olla*, que con su capellanía y un decente patrimonio lo pasaba quieta y pacíficamente en su lugar, mejor que un arcediano. Era á la verdad de pocas letras; pues solo tenia las precisas para entender el Breviario y el Misal á media rienda; pero por su buena razon, por su génio apacible y bondadoso, y porque era limosnero y amigo de hacer bien, le estimaban mucho en su pueblo; y apénas moria alguno en él, que no le dejase por su principal testamentario, y él admitia sin réplica estos encargos, así por tener alguna cosa en que emplear loablemente el tiempo, como por haber hecho concepto, de que si cumplia fiel, legal y puntualmente con este piadoso y caritativo oficio, podia hacer mucho bien á los difuntos y ser muy útil á los vivos.

Habia fallecido pocos dias antes el secretario de su lugar, que era ya viudo, y no solo le habia nombrado por su testamentario, sino tambien tutor y curador de sus hijos, con la expresion, que no se le tomasen cuentas, ó se pasase por las que él quisiese dar; todo con la confianza que hacia de su pureza, exactitud y legalidad. Dejaba encargado en el testamento, que se le hiciesen honras y cabo de año con sermon segun costumbre, y señalaba 200 reales de limosna para el orador que las predicase, *en atencion, decia, al trabajo que habia de tener cualquiera pobre predicador en hallar de qué alabarme; porque sino quiere mentir, se ha de ver bien apurado.*

En efecto debia de ser así, porque era pública voz y fama, que el tal secretario habia sido hombre no muy demasadamente escrupuloso. Cuando entró en el pueblo (pues fué el primer escribano que entró en el lugar) ni habia pleito alguno ni habia memoria de que le hubiese habido jamás desde su primera fundacion. Pero al año, y no cabal, de su residencia, ya todo el lugar se ardia en pleitos, y cuando murió dejó 36 pendientes, aunque no pasaba la poblacion de 200 vecinos: encendia á unos, y azuzaba á otros, y los enzarzaba á todos. Si dos partes contrarias le consultaban sobre una misma dependencia, á cada uno en particular le respodia afectando una modestia socarrona, que él no era abogado ni entendia los puntos de derecho ni le tocaba dar parecer; pero por lo que le habia enseñado la experiencia en tantos años de ejercicio y en tantos pleitos que habian pasado ante él, era corriente su justicia, temeraria la pretension del contrario, y que á buen librar le condenarian en costas, concluyendo con que si esto no salia así, habia de ahorcar el oficio: que esto se lo decia á él solo con confianza, encargándole mucho el secreto. Después que á uno y otro les habia metido tanto aguijon, añadia con tanto remilgamiento, que aunque era cierto lo dicho; ¿para qué queria pleitos? que era mejor componerse: porque aunque nadie se interesaba más que él en que cada cual siguiese su justicia (pues al fin no comia de otra cosa ni tenia otros mayorazgos); pero que amaba más la paz del pueblo, que todos los intereses del mundo. Con este artificio, después de haber irritado á las dos partes, él echaba el cuerpo fuera, y cobraba crédito de hombre desinteresado.

En habiendo cualquiera quimerilla en el pueblo, por pequeña que fuese, especialmente si había sido cosa de paliza con algun razguño y efusion de sangre, al punto buscaba los alealdes, y se entruchaba con ellos, y en tono de amistad y confianza, les persuadía á que levantasen un auto de oficio, y que tratasen de hablarle, intimándoles que hoy ó mañana vendría una residencia, y no faltaría alguno que los quisiese mal, y les acusase de omision ó de parcialidad; y á buen librar caería sobre sus costillas una multa que los levantase tanta roncha. Después de haber hecho el auto de oficio, arrestados los de la riña, y borrageado mucho papel en declaraciones, cargos y descargos, cuando ya tenía pretexto para estafar bien á las dos partes, solicitaba él mismo por bajo de cuerda, que se compusiesen, y cargando bien la mano á unos y á otros en las costas, porque á ninguno se las perdonaba, á un tiempo llenaba el bolsillo, y era aplaudido entre los inocentes con el glorioso renombre de pacificador.

Era muy franco en dar testimonio aún de aquello que no había visto; y para quitar el escrúpulo á los que podían reparar en aquella maldad, les decía con una bondad que encantaba, que un hombre de bien se había de fiar de otro hombre de bien más que de sí mismo; que había de dar más crédito á los ojos ajenos, que á los suyos propios; porque estos podían alucinarse y engañarle, pero de los otros no era razón ni buena crianza ni aún conciencia presumirlos; y finalmente, que esto mismo se estaba palpando á cada paso en el uso de los anteojos, así ni más ni menos, con los cuales vé uno más y mejor,

que con sus propios ojos, de donde infería, que así como puede un escribano dar fé de vita lícita, y legalmente de aquello que vé con anteojos, siendo así que no son sus ojos los anteojos, así ni más ni menos puede y debe darla de lo que vé con los ojos de un hombre honrado, cuando le asegura que lo ha visto, y que pasó la cosa ni más ni menos que él la cuenta; y á la réplica que le podían hacer que él no sabía si era ó no hombre honrado el que le pedía el testimonio, él salía al encuentro diciendo, que mil veces había oído á los abogados ser principio del derecho, que ninguno se debe presumir malo, hasta que se pruebe que lo es, y que en caso de duda, siempre debe presumir lo mejor.

Quedábanse atónitos los pobres páparos al oír esta doctrina, que les parecía á ellos más clara que el mismo día, y el simil de los anteojos, aunque tan disparatado, les ataba de piés y manos. Para acabarlos de aturrullar, y convencer enteramente, añadía otro simil en el cual les dejaba embobados y lelos. Está un escribano, decía, actuando con un señor alcalde ó con cualquiera juez, firma este, y después más abajo el escribano, ante mí fulano de tal, ¿cuántas veces sucede que el juez al tiempo de firmar, no está delante del escribano, sino á un lado ó á las espaldas, porque el alcalde se está paseando en la sala? ¿y quién dirá por esto, que el secretario es falsario, porque autorizó ó legalizó la firma del juez, diciendo que había sido delante de él? Pues si esto no es falsedad; ¿por qué lo ha de ser dar un testimonio de lo que no se vió ni se oyó, en la buena fé de que trata verdad? ¿quién me asegura que lo ha visto y oído?

A los de mi oficio, que topan en estos melindres y delicadezas, se les puede decir que tienen escrúpulo de Fray Gargajo.

En virtud de esta misma docilidad, era bizarro en dar testimonios no solo de lo que nunca había visto, sino que con bondadoso corazón, no se podía negar á darlos muchas veces contrarios á lo que había palpado sin detenerse á dar testimonios opuestos á las dos partes contrarias, porque decia que era enemiguísimo de descontentar á nadie. Y aunque esto le ocasionó más de una vez algunos embarazos enfadosos en los tribunales superiores, al cabo de ninguno salió tan mal como se podía temer, porque tenia maña para todo: solo era muy tímido en dar testimonios, cuando podia sospechar que podian perjudicar á alguna parte predilecta suya; bien entendido, que su predileccion nunca se fundaba sino en un honrado reconocimiento de expresiones prácticas, no de las más ordinarias. Cuando se hallaba en este caso, decia con grande compostura, que no podia tomar testimonio alguno sin que lo mandase la señora justicia; y cuando le reconvenian que estaba obligado á hacerlo en virtud de su mismo oficio, por cuanto todo fiel cristiano tenia derecho á que se le diese testimonio de lo que había visto ú oido, él respondia con mucho fruncimiento, que eso era ignorar las nuevas pragmáticas sanciones, que habían salido sobre el oficio de escribano; los pobres hombres patanes, al oír el nombre de *Pragmática sancion* quedaban tamañitos, pareciéndoles que debia de ser alguna excomunion del Padre Santo de Roma, para que los escribanos no se metiesen en cumplir su obligacion sin licencia de los alcaldes.

Este había sido el ejemplarísimo escribano, que había dejado por su principal testamentario al licenciado Flechilla (que así se llamaba el clérigo de quien íbamos hablando, habrá como dos hojas), dando orden en su testamento, para que se le predicase sermón de honras corriente, como era uso y costumbre en aquella tierra. Pues este clérigo, que oyó á Fray Gerundio el sermón del Sacramento, quedó verdaderamente apasionado, y dijo allá dentro de su corazón: «No se me escapará este pájaro; y así predicará otro de las honras del escribano de mi lugar, como yo soy arzobispo.» En efecto, después de haber oido con profundo respeto la variedad de expresiones, con que todos daban la enhorabuena á Fray Gerundio, se levantó pasmado de su asiento, y bonitamente encaminándose hácia donde aquel estaba, dióle un estrecho abrazo, y asomándosele las lágrimas de puro gozo, le dijo con bondadísima ternura: Padrecito mio, obras son amores, que no buenas razones: yo tengo la incumbencia de encargar un sermón de honras al difunto escribano de mi lugar, que vale 200 reales, y si valiera 2000, con otros dos mil amores, lo pusiera yo á la disposicion de V. Paternidad. El tal escribano, que Dios haya, ciertamente no fué hombre canonizable, pero por lo mismo los asuntos dificultosos se hicieron para ingenios peregrinos, y el de V. Paternidad lo es, ó yo tengo de quemar á mi *Larraga* y al *Piscator de Salamanca*, que es toda mi librería.

No cabe en la ponderacion el empavonamiento de que se sintió repentinamente revestido el corazón de nuestro Fray Gerundio, viéndose convidado en aque-

sancion, con una carta que decia así:

lla publicidad y en aquellas circunstancias con un sermón de aquel tamaño; pues habría más de cuatro definidores que se tendrían por muy dichosos en haberle conseguido, después de haberle pretendido mucho, y á él se le había venido á las manos, como dicen, sin saber leer ni escribir. Desde aquel mismo punto, se le barrió de la memoria todo cuanto le había dicho su tío el Magistral, como si jamás lo hubiera oído, y ya miraba tan debajo de sí al Magistral, que por poco no le tenía lástima; pero sin embargo se resolvió á respetarle en el fuero externo, teniendo presente la importante lección de su íntimo Fray Blas.

Respondió pues al licenciado Flechilla, muy agradecido á la honra que le dispensaba, y aceptando cuanto era de su parte el sermón de honras, bajo el beneplácito y bendición de su superior, no dudaba se le franquearía con agradecimiento al favor que hacia á la Orden en el más ínfimo individuo suyo. Hay quien diga que casi le respondió con estas mismas voces, aunque tan forasteras á su comun estilo; bien que no faltan otros que lo nieguen, fundados en lo mismo, y persuadidos á que las expresiones eran más cultas, que le correspondían á su crianza y á la idea de hablar que se había formado, así en las conversaciones privadas, como en las funciones públicas. Nosotros no nos atrevemos á tomar partido en este intrincado punto de crítica, bien que nos inclinamos á creer que aunque la substancia de la respuesta fué de Fray Gerundio, pero el gusto y las voces tenían traza de ser del curioso que hizo las apuntaciones de donde sacamos estas menudencias.

gacion sin licencia de los alcalides.

Como quiera que esto hubiese sido, lo que consta de cierto es, que nuestro Fray Gerundio no se descuidó en pedir al licenciado Flechilla algunos apuntes de la vida, virtud y milagros del difunto escribano: diligencia muy necesaria para disponer su fúnebre panegírico, y al mismo tiempo quiso informarse del día que pensaba se celebrase el pomposo funeral. Los sufragios, respondió el contentísimo clérigo, los sufragios por las benditas ánimas del Purgatorio, aunque no se supongan tan necesitadas de ellos, como la de nuestro escribano, cuanto más ántes mejor, porque el lugar no es muy acomodado, y ciertamente las pobres no están para esperar mucho en él. Dilatarlos por pereza es crueldad que solo cabe en quien no hace reflexion de lo mucho que padecen aquellos atormentados y dichosos espíritus; y así cuanto más aprisa disponga V. Reverendísima el sermón, más pronto tendrán el alivio las ánimas, y saldré yo á la obligacion de mi compadre el escribano (Dios tenga su ánima en descanso), y más anticipadamente tendremos el gusto de oírle sus apasionados. Quedaron de acuerdo, que dentro de un mes le predicaría, porque Fray Gerundio protestó que necesitaba por lo ménos ese tiempo para disponerle, especialmente siendo esta especie de sermones á su parecer más rebosada, y que necesitaba tomar algunas reglas para forjarle; porque ningun sermón de honras había oído en su vida, y aún entonces le pareció que tampoco le había leído, pero le fué la memoria en esto infiel, como presto se verá. En fin, por no perder tiempo, envió luego un propio á su prelado, pidiéndole licencia para admitir la nueva función, con una carta que decia así:

« Reverendísimo Padre: como
 « Prediqué el sermón del Corpus al Sacramento
 « de mi lugar á la fiesta de mis padres, como otros
 « lo dirán, que á mí no me está bien el decirlo.
 « Solo puedo asegurar, que circunstancia ninguna se
 « me escapó, hasta una que me cogió de súbito, que
 « fué una gaita gallega en vez de órgano, y la toqué
 « tan bien, que no faltó quien dijo que ni el mismo
 « gaitero habia tocado tan bien la gaita, como yo la
 « circunstancia. Perdóne V. Reverendísima que se
 « me escapó sin querer esta alabanza, y quedo tan
 « corrido, segun lo que dijo el otro: *Laus in ore pro-*
 « *prio vilescit.* Los abrazos que me dieron al aca-
 « bar el sermón, no tienen cuenta; y las décimas
 « y las octavas, y aún los sonetos que me echaron
 « en la mesa, fueron cosa de juicio. Por fin y pos-
 « tre, el licenciado Flechilla, capellan de Pedroru-
 « bio, me encargó el sermón de honras del escri-
 « bano de su lugar, que murió pocos dias hace, y
 « dejó 200 reales de limosna para el predicador.
 « La honra más que el provecho me tira, y tam-
 « bien la esperanza de llevar para el convento una
 « porcion de misas, de las muchas que dejó encar-
 « gadas el difunto. Pido á V. Reverendísima el bene-
 « plácito, para predicar este sermón, que ha de ser
 « dentro de un mes, y yo le iré adjetivando por acá
 « á ratos perdidos. El propio lleva un carnero, y una
 « cántara de vino, que mis padres envian de limosna
 « para la santa comunidad, á quien piden perdon de
 « la cortedad, porque no puede obrar más su buen

funcion, con sus cartas que decia así:

« afecto; y me encargan muchas memorias de su par-
 « te para V. Paternidad cuya vida guarde Dios muchos
 « años. Campazas, etc.

B. L. M. de V. P. su servidor
 y menor súbdito,

FR. GERUNDIO, indigno predicador.

El *Benedicite* vino corriente á la vuelta del propio; porque el prelado no habia oido el sermón del Sacramento, sinó en relacion de Fray Gerundio, y creyó buenamente que lo habia desempeñado con decencia, valiéndose de algun papel ageno, y pensó que lo mismo haria en las honras. Por otra parte las razones que alegaba le hacian fuerza, y no eran para desperdiciadas las misas, que verosíblemente llevaria para el convento. El carnero y la cántara de vino tambien pedian algun agradecimiento: y en fin, un fraile más, por un mes fuera de casa, era para el convento una boca ménos. Por eso no solo le dió con gusto la licencia, sinó que haciéndose cargo de que en casa de su padre no habria muchos libros de sobra para componer un sermón, por el mismo propio le envió cuatro ó seis libros de los que Fray Gerundio habia dejado encima de la mesa de su celda, sin detenerse el prelado en examinar lo que eran, juzgando prudentemente, pues que los tenia tan á mano, serian los de su cariño, y los que preferia su eleccion para la disposicion de los sermones.